

POR MONSEÑOR CARLOS MANUEL DE CÉSPEDES GARCÍA-MENOCAL

“Sean realistas: pidan lo imposible”

Treinta años después de la utopía de Mayo en París

Hace treinta años, muchos jóvenes cubanos no habían nacido. Quienes tienen menos de 45 años, apenas saben de qué aniversario se trata y cuál fue esa utopía de Mayo. En Cuba, aún la mayoría de los que cuentan con años suficientes para saber qué pasó entonces, si estaban en Cuba, es posible que sólo tengan un conocimiento puramente intelectual, no experiencial, y muy distanciado, no interiorizado, no rumiado, de aquellos días, difícilmente repetibles, que paralizaron a Francia y estremeron a una buena parte del mundo llamado entonces “occidental”. Los cubanos estábamos de tal modo inmersos en los problemas de nuestra utopía cubana y en las disquisiciones acerca de la futura suerte de la misma, joven todavía en el año 1968, que todo aquello pudo parecer ajeno a lo nuestro. Y en cierta medida lo era, pero no totalmente. El análisis del tiempo que ha corrido nos permite afirmar que ninguna situación cultural o sociopolítica posterior, en ninguna parte de nuestro mundo planetarizado, ha sido ajena totalmente al Mayo francés. Todos, sepámoslo o no, hemos sido tocados por lo que estuvo en juego en aquellas semanas ambiguas.

Hoy considero una fortuna haber estado en Europa, por razones de trabajo, desde mediados de Mayo hasta fines de Julio de 1968, por lo que me permitió calibrar lo que estaba sucediendo. No estuve en Francia, pero sí en España, Italia, Bélgica, Alemania y Suecia. Era entonces Rector del Seminario “San Carlos y San Ambrosio” y miembro de la Comisión Episcopal de Vocaciones y Seminarios y, en cuanto tal, estuve en el entonces Secretariado –hoy Consejo Pontificio– para la Unidad de los Cristianos, en Roma; había sido redactor hasta poco antes de “Mundo Católico”, en el diario El Mundo y en la Unión Internacional de Prensa Católica me consideraban todavía su único “miembro” en Cuba, por lo que debí participar en la Asamblea Mundial de la Institución en Berlín. En dondequiera que estuve durante esos dos meses, se respiraban los aires del Mayo francés, ya en “liquidación”, y de la “Primavera de Praga”, acerca de cuyas posibilidades reales muchos tenían todavía esperanzas.

¿Qué estaba pasando en el mundo que pudiere haber influido de algún modo de algún modo en el origen del Mayo? La Guerra de Vietnam y la ya citada “Primavera de Praga”, con sus



repercusiones de signo diverso en el mundo occidental y en el aún aparentemente sólido “bloque socialista”, eran realidades de primera plana en el momento. La muerte reciente del Comandante Ernesto Guevara había puesto sobre el tapete, de nuevo, la Revolución cubana, cuyo camino aparecía en el imaginario occidental como una alternativa diversa y todavía válida. De hecho, en Enero de ese mismo año 1968, artistas e intelectuales –sin excluir un grupo de teólogos– de todos los rincones del mundo se habían dado cita en La Habana: apoyaban, en términos generales, todo lo que sucedía en Cuba y creían firmemente –era casi un acto de fe, sin cálculos ni discernimientos contextualizados– en la validez de la utopía socialista “a la cubana”. Había ocurrido el Concilio Ecuménico Vaticano II y su imagen renovadora transvasaba las fronteras de la Iglesia Católica. En América Latina se estaba preparando el encuentro de Medellín, del que nacería, como una hija legítima, la Teología de la Liberación, engendrada por el teólogo peruano Gustavo Gutiérrez, a la sazón perito del CELAM. Los partidos comunistas de Europa occidental daban forma teórica y pragmática a lo que se vino a llamar “eurocomunismo” y se abrían nuevas pistas de reflexión teórica dentro del marxismo, incluso en algunos países socialistas, no sólo en occidente. Los Beatles

estaban en su apogeo y, más que un fenómeno exclusivamente musical, comenzaban a ser reconocidos como generadores de un fenómeno cultural; criterio que el discurrir del tiempo ha convalidado.

Imposible reconstruir en este marco tan breve la sucesión de los acontecimientos y el significado que éstos adquirieron velozmente. De una chispa universitaria -¡eran tan frecuentes entonces las chispas universitarias y tan esporádicas hoy!- surgió la llamarada que involucró a todos los sectores de la Nación. ¿Qué querían? Nada más y nada menos que cambiar el mundo, hacerlo más hermoso, más justo y solidario, desnudarlo de estructuras opresoras y promover un desarrollo más integral de todo lo que identificaban como genuinamente humano. Y para ello no bastaban parches y remiendos, era necesario un tejido nuevo. En resumen, una utopía no afiliada a ninguna ideología precisa, ni a ninguna religión o irreligión, ni a ninguna "clase social", aunque de hecho comenzó por ser un movimiento de rebeldía de "jóvenes bien", de "señoritos" e "hijos de papá", en su mayoría de clase media más bien alta. Pero en esta ocasión -otra diferencia sustancial- no se trataba de una utopía escrita en un libro, conquistadora de la adhesión de unos pocos lectores. Tampoco era factura de hombres políticos y de acción, hombres "solemnes", muy determinados a imponer, a todo costo, su visión de lo que resultaba bueno para los demás, aunque hubiese que recurrir a las armas, a la violencia, a la supresión de la libertad y a la sangre. Ahora la utopía era festiva, entusiasmante, multitudinaria, apelaba al amor y a la libertad como motores de la historia, emparentada con la anarquía y la anomía; las contradicciones y los "disparates" abundaban en su interior; el animus congregante desembocó, con demasiada frecuencia, en excesos sexuales y la necesidad de nutrir y mantener en alza la energía gozosa apeló, también con demasiada facilidad, a los "pinchazos", al LSD y a otros psicofármacos y drogas alucinantes.

Vale la pena recordar: -que, después de treinta años, aunque no todo esté claro, todavía se puede seguir sosteniendo que, al menos inicialmente, aquello fue un movimiento espontáneo; hubo nombres, como por ejemplo Daniel Cohn-Bendit, pero más que organizadores, fueron voceros y, a lo sumo, intérpretes; -que el Mayo del 68 comenzó por ser un movimiento juvenil, pero muy pronto sumó a los no tan jóvenes; -comenzó por ser un movimiento estudiantil (los universitarios fueron, como casi siempre en estos movimientos, el motor de arranque; en Cuba lo sabemos por experiencia repetida en nuestra historia), pero muy pronto se adhirieron trabajadores, artistas e intelectuales de diversa procedencia y filiación ideológica y religiosa; los campesinos y los comerciantes estuvieron, casi todos, ausentes; -que terminaron oponiéndose al mismo la mayoría de los grupos y partidos de derecha y los grupos marxistas de obediencia soviética. Recuerdo el titular de un periódico francés en aquellos días: "La estrategia comunista consiste en subirse al carro y permanecer en el andén", refiriéndose a la dirigencia del Partido Comunista Francés, pues la mayoría de los miembros jóvenes fueron actores en aquel Mayo; evidentemente, los gobiernos también se opusieron: el francés y todos los demás. Juzgaron que era necesario poner punto final a aquella situación socialmente caótica, ya intolerable en Francia a fines de Mayo y con síntomas de contagio expansivo más

allá de sus fronteras. Contagio que, por supuesto, no dejó de presentarse, aunque las dimensiones sociales y la repercusión mundial no fueron tan enormes como las francesas. El número de muertos sí fue mayor en México que en Francia: no olvidamos la matanza de Tlatelolco. ¡Ni siquiera la España de Franco fue inmune al Mayo francés! Pude ver en salones parroquiales en Madrid retratos del Comandante Guevara y del Doctor Fidel Castro, así como letreros que rezaban: "¡Hasta la victoria siempre!"

Los *slogans* y *graffiti* pasaron, pues, las fronteras. Algunos todavía se recuerdan, como el que encabeza estas líneas y otros muchos más que ahora me asaltan la memoria: "Hagan el amor, no la guerra", "¡Abajo el sumario y viva lo efímero!", "No hay que poner la Poesía al servicio de la revolución, sino la revolución al servicio de la Poesía", "¡Corre, camarada, el mundo viejo va detrás de ti!", "El poder reside en la imaginación", "Las barricadas obstruyen las calles pero abren el camino", "Considera que tus deseos son la realidad", "¡Reinventen la vida!", etc. El patio de la Sorbona se llenó de retratos de Marx, Lenin, Trotsky, Mao, Fidel y el Che. En un Seminario francés muy respetable, cuando despertaron una mañana encontraron en las puertas de los cuartos de los superiores, en lugar del nombre habitual, los siguientes letreros: "Compañero Rector", "Compañero Prefecto de Estudios", "Compañero Director Espiritual", etc. Tampoco el Vaticano escapó: en una sala de la entonces Sagrada Congregación de Seminarios y Universidades, hoy Congregación para la Educación Católica, apareció un día una foto enorme de un joven chino, hermoso, de expresión soñadora, con una túnica hasta los tobillos. Nadie supo quien la había puesto, pero era agradable y, al parecer, se trataba de un seminarista chino. Pocos días después, un visitante la identificó: era Mao joven.

El viernes 24 de mayo, a las 8:00 p.m., después de un regreso apresurado de Rumania, el General Charles de Gaulle, entonces Presidente de la República, en una alocución que duró cuatro minutos y treinta segundos, puso fin al movimiento. Me parece que el párrafo clave de esa breve y definitoria alocución, fue el siguiente: "Necesito que el pueblo francés diga lo que quiere. Nuestra Constitución ha previsto justamente el camino por el que lo puede hacer. Es la vía más directa y democrática posible: el referéndum. Teniendo en cuenta la situación excepcional en que estamos y la proposición del Gobierno, yo he decidido someter al sufragio de la Nación un proyecto de ley por el cual solicito otorgar al Estado e inmediatamente al Jefe del mismo, un mandato para la renovación".

La Policía recibió las órdenes necesarias para terminar con el caos social y ya a partir del día siguiente de la intervención del Presidente, las banderas rojas -que imperaban hasta entonces en las calles, centros de estudio y fábricas- fueron progresiva y rápidamente sustituidas por la bandera tricolor francesa. Esta aparecía ahora en manos multitudinarias de franceses, como en manos multitudinarias habían aparecido antes las banderas rojas, las mismas manos que habían levantado las barricadas y ritmado las canciones revolucionarias. Pocas semanas después, aparentemente nada había pasado: la vida había recuperado su tono habitual. Atrás habían quedado los sueños juveniles; atrás la apología de lo espontáneo, de lo provisional y pasajero; atrás la celebración del instante...

¿Habían quedado realmente “atrás”; se habían “olvidado” todos de la “utopía”? ¿Por qué, entonces, si tan atrás están las realidades de Mayo del 68, se han recordado este año con más intereses que el décimo y el vigésimo aniversarios?

Recuerdo que, ya en julio (fue en Berlín o en Estocolmo?) un francés que comprendía la necesidad de haber puesto fin a la anarquía de aquellas semanas, se lamentaba, sin embargo, porque tenía la impresión de que el mensaje de aquellos días no había sido escuchado. Y si no había sido bien escuchado, no podría ser integrado en el tejido social francés. Se lamentaba, en resumen, porque tenía la impresión de que todo iba a continuar, más o menos, por un sendero inmutado: el Estado no cambiaría, la economía no cambiaría, la Universidad y la organización del trabajo y de las empresas no cambiarían, las Iglesias no cambiarían... nada cambiaría. “Estuvimos a punto de lograrlo... pasamos muy cerca de un mundo nuevo”, llegó a decirnos aquel joven francés cuyo rostro pesaroso no olvido y con el que estuve de acuerdo: era necesario poner punto final al caos, pero también hubiese sido necesario, en un clima de serenidad, realizar una reflexión, un examen de conciencia y de la realidad nacional y un diálogo de carácter nacional, auténticamente participativo, es decir, una genuina “acción cívica” (el Presidente usó la expresión, pero en la práctica, la acción oficial se limitó a la “restauración”) que desembocara en una democrática reforma radical, en la dirección de un mundo plenamente humano.

Hoy, los actores del Mayo francés, que creyeron morir de rabia y de tristeza cuando todo se les vino abajo, después de la alocución del Presidente, de la represión policíaca y del aparente cambio de la opinión pública, es decir, después de la “restauración del orden”, están –casi todos- instalados en la nueva situación, en la que si ha habido algún cambio como consecuencia del 68, ha sido, precisamente, la introducción de los mecanismos que evitan la repetición de aquellos días. La mayoría de los adultos y respetables tuvieron miedo al cambio, a la transición; prefirieron que todo quedara como antes. Y los jóvenes se fueron haciendo adultos. Y muchos de los que postularon la renovación en el 68, apoyan hoy la conservación inmutable de un *statu quo* que, en última instancia, resulta

mucho más reprochable que el que desearon cambiar en aquellos días. La enfermedad no fue sanada, sino mejor enmascarada y, por ende, resulta hoy más peligrosa. En el mundo más o menos económicamente desarrollado, nada me resulta tan parecido al final del siglo XIX, como este final del siglo XX: a pesar de las navegaciones por internet y de las globalizaciones neoliberales (¿acaso debería decir “a causa de” en lugar de “a pesar de”?), los hombres siguen cuestionándose acerca del sentido de sus vidas, se asfixian en lo inmediato y en sus ancianidades prolongadas, solitarias y aburridas... Algunos vuelven a preguntarse acerca de aquellos sueños de la década de los 60s, que emergieron más visiblemente en Francia (¡nos ha dado Francia tantas veces estas lecciones!), pero que, en realidad, fueron una marea que envolvió a buena parte de nuestro pequeño mundo. ¿Fueron simplemente una locura de los años mozos o merecieron un examen más detenido? ¿No habría que intentar otra vez la reinención de la vida, procediendo con mayor sabiduría para que en esta ocasión no nos limitemos a pasar cerca, sino a obtener el fruto?

Si no todos conocieron el Mayo del 68, casi todos conocen bastante bien a los Beatles y, muy particularmente, a quien fuera, quizás, el poeta mayor del grupo, John Lennon quien, también a pesar de las contradicciones de sus textos y de la existencia tantas veces dislocada que llevó, es capaz todavía de congregarse a tres generaciones en torno a sus canciones. Yo soy de esos “viejos” que, siéndolo y sabiendo que lo soy, continúo cantando después de treinta años:

“Imagine... all the people...

Imagine... a country...

Imagine... Imagine... Imagine

You may say I'm a dreamer

But I'm not the only one”.

Afortunadamente, “*I'm not the only one*”: no soy el único soñador, capaz todavía de asegurar que muchos sueños, defensores del Bien, de la Verdad y de la Belleza, podrían llegar a ser realidad “si nos ponemos efectivamente para las cosas”. □

La Habana, 16 de Mayo de 1998.

Durante el Mayo del 68, la Iglesia Católica en Francia vio como se desarrollaban en su seno diversos juicios y actitudes, que iban de uno a otro extremo del espectro posible. En un día como hoy, hace treinta años, el jueves 16 de Mayo de 1968, la Acción Católica Obrera (ACO) Francesa emitió un manifiesto del que tomo algunas líneas: “*Ante tal situación –la del mundo obrero-, los cristianos, la Iglesia, no pueden callar. Dios mismo es escarnecido; el Evangelio no es neutro. Por esto, la ACO, rechazando el mito de una sociedad global, denuncia los espejismos de una sociedad de consumo; condena el régimen capitalista que aplasta a las personas y las somete a la utilidad erigida en principio; reconoce el derecho de los trabajadores sobre los medios de producción; desea que la Iglesia reconozca estos derechos*”. En su texto, la ACO califica de “*blasfemia contra el nombre de Dios*” la afirmación

de que la guerra de Vietnam es una defensa de “*una pretendida civilización cristiana*”, cuando en realidad se trata de “*la defensa de los intereses político-económicos de la primera potencia industrial del mundo*”. Los Obispos miembros de la Comisión Episcopal del Mundo Obrero, por medio del entrañable Monseñor Ancel, sin asumir explícitamente la afirmación relativa a la propiedad de los medios de producción, hicieron suyos los análisis y las orientaciones de la ACO: “*Para nosotros, cristianos –afirmaron entonces- la demanda de los pobres reclama un mundo distinto. De una manera más o menos consciente, esta demanda de los pobres cuestiona la ciudad terrestre a nombre del reino prometido para el final de los tiempos; ella nos obliga, a nosotros, los hombres, a perfeccionar sin cesar nuestra sociedad, a hacer de ella un bosquejo nunca terminado del reino de Dios*”.